



Kuwait se ha convertido, en los últimos años, en el país con mayor proporción de automóviles. En su capital, de 200.000 habitantes, circulan 44.000 vehículos. Abajo, el Parlamento del minúsculo país, que ha designado para suceder al emir fallecido a su hermano menor, Sabah Al Salem Al Sabah, de cincuenta años.



EL EMIR DEJO 227 VIUDAS

HA MUERTO ABDULA SALEM AL SABAH, DE KUWAIT

DEJANDO nada menos que doscientas veintisiete viudas, ha muerto la semana pasada, en su fabuloso palacio de la capital del país, en un aposento cuya puerta es de oro macizo, Abdula Salem Al Sabah, emir de Kuwait. Se le consideraba como uno de los cinco hombres más ricos del mundo. La causa de su muerte, acaecida a los setenta años, ha sido una crisis cardíaca.

Desde 1950, fecha en que subió al trono, el emir de Kuwait había logrado convertir a su país, situado en el golfo Pérsico, en uno de los más florecientes entre los de características similares. El petróleo había sido el origen de esta prosperidad, que comenzó hace treinta años, y proporcionaba al emir una renta anual de catorce mil millones de pesetas en concepto de «royalties», cifra de la cual sólo se reservaba el diez por ciento, destinando el resto a inversiones para la modernización del país y a crear puestos de trabajo para que entre los 400.000 habitantes no se diera el paro. De esta población total, la mitad vive en la capital, llamada también Kuwait, que se ha convertido en los últimos años en una ciudad moderna, de suntuosos edificios y con la cifra proporcional de automóviles más elevada del mundo. En efecto, 44.000 circulan por las calles de Kuwait, debido no sólo a la prosperidad de sus habitantes, sino, en parte, al rigor con que se siguen las normas de la ley musulmana, que apenas si permite otro esparcimiento a sus fieles.

El país, pues, independiente de manera efectiva sólo desde el año 1962 en que se eligió la primera Asamblea Constituyente, ha logrado en un corto plazo superar —aunque no de un modo absoluto— la miseria en la que tradicionalmente había vivido, debido a la pobreza de sus tierras que reducía su economía al mar y el comercio. Sólo cuando, a partir de 1934, la «Anglo-Iranian Oil Company» y la «Compañía del Golfo» obtuvieron la concesión para explotar el petróleo las miradas de sus vecinos empezaron a fijarse en él. Irak, concretamente, reivindicaba en 1961 la soberanía sobre el territorio. Pero la cosa no prosperó.

Al morir el emir ha sido nombrado para sucederle su hermano, veinte años más joven que él, Sabah Al Salim Al Sabah, que ha prometido seguir la política de su antecesor, consistente no sólo en promover la industrialización del país en el sentido de que toda su economía no dependa exclusivamente del petróleo, sino en proporcionar ayuda a determinados países subdesarrollados tanto árabes como del África negra o de otras zonas asiáticas. El país, consciente de lo que Abdula había hecho por él, lamenta en este momento su pérdida. A pesar de sus inmensas riquezas, del estremecedor número de sus esposas, el emir vivía austeramente, dentro de la diferente escala que todavía hoy rige a la hora de valorar el tren de vida de un emir oriental. Su sucesor, a quien se han confiado los ministerios de Hacienda e Industria, ha nombrado jefe de gobierno provisional al jeque Jaber Al Ahmad. En función, más que nada, del aspecto anecdótico, Kuwait ha saltado, por una vez, a las páginas de la actualidad. Luego, probablemente, volverá a hundirse en el olvido que es habitual rodee a los minúsculos países del Oriente Medio.

(Fotos DALMAS y ARCHIVO)



Arriba, el emir Abdula Salem Al Sabah, muerto la semana última a los setenta años, a consecuencia de una crisis cardíaca. Abajo, su hermano y sucesor, que cuenta veinte años menos que el emir.